

SANTOS VICENTE, SABINA Y CRISTETA, MÁRTIRES DE ÁVILA

Día 27 de octubre

P. Juan Croisset, S.J.

Frente los más ilustres mártires de Jesucristo, que en tiempo de las persecuciones gentílicas dieron pruebas de su valor y de su ardiente celo por la defensa de la religión cristiana, son dignos de memoria eterna los tres insignes hermanos San Vicente, Sabina y Cristeta, los cuales fueron naturales de la villa de Talavera.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano en clase de presidente ó gobernador á Daciano, hombre bárbaro y cruel, con el perverso intento de extinguir, si pudiese, la religión y el nombre cristiano, á cuyo fin hizo todos cuantos esfuerzos y tentativas le fueron posibles.

Brillaba á la sazón en Talavera un joven llamado Vicente, educado en la religión cristiana, tan ejemplar y tan modesto, que servía de edificación la justificación de su conducta hasta á los mismos paganos. Preso por esta causa, lo presentaron á Daciano, que, viendo su compostura y su gallarda disposición, fingiendo, al parecer, una falsa compasión, intentó pervertirle con halagos y caricias. Preguntóle qué secta profesaba; y, sin turbarse Vicente, le respondió con valentía de espíritu que la religión de Jesucristo, por cuyo nombre se llamaba cristiano. *Y qué, siguió el presidente, ¿adoras por Dios á un hombre que por sus delitos crucificaron los judíos?— Calla, repitió entonces el Santo, no vituperes á quien debías venerar si no estuvieras endemoniado.* Disimuló la

injuria por entonces Daciano, lisonjeándose que rendiría en juicio al joven Vicente continuando el interrogatorio con blandura; y, siguiendo esta idea, le dijo: *Perdono á tu juventud esas libertades, pues conozco que no has llegado á edad de una prudencia cabal, por lo que te debo aconsejar que me oigas como á padre, y como tal te ordeno que sacrifiques á los dioses imperiales.* A lo que satisfizo Vicente: *Carecería de sólido entendimiento si, menospreciando al Dios verdadero que crió el Cielo, formó la Tierra, penetró los abismos y ciñó los mares, diese culto á los falsos dioses de leño y piedra representados en las estatuas vanas. — Pues ¿quién es el Dios que hizo esas maravillas,* replicó el tirano, *sino Júpiter?—Júpiter,* respondió Vicente, *fue un hombre inútil, cuyas torpes maldades publican vuestros mismos libros; pero mi Dios es santo é inmaculado, uno en esencia y trino en persona, quien, por su infinito poder y suma bondad, hizo las obras admirables que en el Cielo y en la Tierra vemos y sabemos, las cuales por todas partes testifican su divinidad.* Encendido Daciano en un furor extraordinario al oír las concluyentes respuestas de nuestro Santo, mudando de tono le dijo: *Es cosa indigna para mi cuestionar con un joven bisoño; y puesto que no obedeces á mis mandatos, eres indigno de que oiga tus razones. Lo que de tu Dios puedes hablarme, ya lo tengo oído de otros fanáticos tan ciegos, tan perdidos y tan destemplados como tú, que debes consultar á tu edad, y dar á otros ejemplo; y así, sacrifica luego al grande dios Júpiter. — Si tú sacrificas, respondió Vicente, y no te arrepientes, has de caer con el mismo Júpiter en el fuego eterno del Infierno que está preparado para el demonio y sus secuaces.*

No pudiendo ya sufrir Daciano el desprecio que el valeroso joven hacía de su autoridad y de sus amenazas, levantando la voz en tono descomedido, dijo á sus ministros: *Apartad de mi vista y retirad de mi presencia á*

ese mancebo sacrílego, y notificadle el edicto publicado, para que, ó sacrifique á Júpiter, ó sea condenado en el mismo lugar que lo resista á una muerte infame, acompañado de crueles tormentos. Condujéronle los ministros á una de las plazas de Talavera para que se ejecutase el sacrificio ordenado. Pero apenas puso el santo joven los pies en la piedra del ara de aquel falso dios, cuando, convirtiéndose su dureza en una blandura maravillosa, quedaron en ella impresas sus plantas como en blanda cera; de cuyo prodigio pasmados los ministros gentiles, reconociendo que ninguno de sus dioses obraba maravillas semejantes, no pudieron menos de confesar que era verdadero el Dios que adoraba Vicente; por lo que, suspendiendo la ejecución, con deseo de librarlo de la muerte, pretextaron á Daciano que pedía el joven el término de tres días para deliberar en el asunto; los que concedió, guardándole en el ínterin en una casa particular.

Puesto el Santo en aquella prisión, concurrieron á visitarle muchos fieles y paganos, de los que convirtió á no pocos á la fe de Jesucristo, á virtud de sus nerviosas persuasiones, desengañándoles de los delirios y necedades que adoptaba la idolatría contra todo lo que dicta la razón en las supersticiones gentílicas. Pasaron también á verle sus hermanas Sabina y Cristeta, y le hicieron presente el desamparo en que quedaban, á fin de inclinarle á que huyese de la cárcel.

Hendido Vicente á las lágrimas y á los ruegos de sus hermanas, valiéndose de la oportunidad que le ofrecieron los guardas de la cárcel, se ausentó una noche con Sabina y Cristeta, tan aceleradamente, que, aunque despachó tras ellos sus ministros Daciano á marcha precipitada, no pudieron alcanzarlos hasta la ciudad de Avila, donde los prendieron; y, sacándoles fuera de las puertas de la ciudad, extendiendo á cada uno en un

potro, les azotaron con la mayor crueldad, y descoyuntaron sus miembros á fuerza de horribles tormentos. Pero como los tres Santos no cesaban de alabar á Dios en el suplicio, llenos de alegría porque se consideraban dignos de padecer por amor de Jesucristo, irritados los bárbaros á vista de su constancia, pusieron las cabezas de los Santos sobre unas piedras, y con otras y con palos les dieron tan recios golpes, que saltaron los sesos por varias partes; logrando por medio de este castigo inhumano la apetecida corona del martirio en el día 27 de Octubre del año 303 ó 304.

Dejaron los verdugos tirados en el suelo los venerables cuerpos de los tres ilustres mártires, con el perverso fin de que fuesen pasto de las fieras; pero, manifestando Dios su visible protección en favor de aquellos apreciables cadáveres, dispuso que para defenderlos de todo insulto saliese de entre las breñas una serpiente formidable, que causaba muchos estragos en las inmediaciones de Avila. A este prodigio se siguió otro no menos maravilloso, y fue que, queriendo un judío poderoso de la ciudad insultar las sagradas reliquias, apenas llegó donde estaban se enroscó á su cuerpo la sierpe, apretándole con tanta fuerza, que le puso en términos de expirar, manteniéndose por espacio de una hora con silbidos espantosos en ademán de devorarlo, hasta que, conociendo el hebreo ser aquél un visible castigo del Cielo por su perfidia, prometió á Jesucristo que, si le salvaba del peligro, abrazaría la fe y daría sepultura á los cuerpos de los mártires; dejándole al punto la fiera, que jamás se volvió á ver: cumpliendo sin tardanza su promesa, recibió el bautismo, y, acompañado de otros cristianos, practicó el piadoso oficio prometido. Después erigió un templo magnífico en honor de los Santos sobre su sepulcro, al que quiso el Señor hacer célebre por medio de una multitud de prodigios en favor de los que concurrían á tributarles los debidos obsequios

y á implorar su patrocinio. Habido por tan célebre, que, siguiendo muchos fieles la práctica de jurar sobre los sepulcros de los insignes mártires y santos, lo ejecutaron sobre el de San Vicente. Bien que los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel prohibieron en las cortes de Toro semejante costumbre, por los perjuros que de ello resultaban; cuya prohibición se lee en una de las leyes de la Recopilación en estos términos: *Otrosí mandamos, que ningún juramento, aunque el juez lo mande hacer ó la parte lo pida, se haga en San Vicente de Ávila, ni en el cerrojo de Santa Águeda, ni sobre el altar, ni cuerpo santo, ni sobre las reliquias del cuerpo de San Isidro de León, ni en otra iglesia jurada, etc.*

El culto de estos santos mártires se extendió desde luego por toda la Iglesia, según consta así del oficio antiguo muzárabe, como de los Martirologios de Usuardo y Adón, y del Romano y otros.

No obstante algunas piadosas contiendas, se cree que la mayor parte de las reliquias de estos tres Santos existen en los sepulcros de Ávila, como consta del privilegio de D. Fernando IV, que publicó Gil González, en que aquel rey confirma todas las franquicias y libertades que D. Alonso su abuelo y D. Sancho su padre hicieron á aquella Iglesia.

SANTA ANASTASIA, VIRGEN, Y SAN CIRILO, MÁRTIRES

Hntre la gran multitud de sagradas víctimas sacrificadas á Jesucristo por el emperador Valeriano, una de las más ilustres fue Santa Anastasia. Había nacido en Roma, de padres cristianos y de familia distinguida por su nobleza, pero mucho más por su piedad. Criáronla sus padres con cuidado en los principios de la religión verdadera, aunque hubo poco

que hacer en su educación, porque, habiendo nacido la niña con inclinaciones naturalmente cristianas, ella misma prevenía muchas veces las piadosas lecciones que se la daban. Pero las virtudes que principalmente hacían su carácter eran la modestia, la devoción y el amor á la virginidad; pues aunque era una de las más hermosas damas que se celebraban en Roma, y aunque la brillantez de su despejado entendimiento añadía nuevo lustre á su hermosura, se reconoció desde su más tierna infancia que no tomaba gusto á las vanidades del mundo, y que nunca admitiría otro esposo que á Jesucristo. Era la oración su ocupación principal; y como tomaba tanto gusto en el trato con Dios, ninguna cosa podía distraerla de él. Estaba reñida con todo género de ociosidad, y toda la labor que hacía la destinaba al servicio de los pobres, ó al adorno de los altares.

Muertos sus padres, sólo pensó en buscar para esconderse algún otro mayor retiro. Había en Roma cierta Congregación ó Compañía de doncellas consagradas á Dios, las cuales vivían de comunidad en una especie de monasterio. Gobernábalas una superiora llamada Sofía, doncella de virtud sobresaliente, perfectamente instruida en los caminos del Señor, y dotada de extraordinaria prudencia. Renunció Anastasia todos sus bienes, con todas las grandes esperanzas que la prometían en el mundo sus brillantes prendas y noble nacimiento, y á los veinte años de su edad se fue á encerrar en aquella especie de convento, poniéndose para siempre bajo la dirección de tan santa superiora. Fue recibida en él como un rico presente con que el Cielo la regalaba; pero, al mismo tiempo, como un depósito pasajero que no había de durarle mucho, porque su maestra y superiora sintió no sé qué secreto prenuncio de que tan eminente virtud merecería algún día la corona del martirio. No fue necesario activar su fervor, sino moderarle; porque, atenta á desempeñar exactamente

las más menudas obligaciones del estado, en breve tiempo fue uno de los más perfectos modelos de la vida religiosa. El abrasado amor que profesaba á Jesucristo su celestial Esposo, y la extrema ternura con que amaba á la Reina de las vírgenes, aumentaban cada día su alto concepto de la virginidad y su ardiente deseo del martirio. Sintióse asaltada de las más furiosas tentaciones, alborotándose en su corazón unas pasiones violentas que no conocía la purísima doncella, y el tentador hizo cuanto pudo para vencerla, ó á lo menos para desalentarla; pero estos ataques sólo sirvieron para hacerla más aguerrida, disponiéndola Dios por estos combates interiores á más ruidosas y más ilustres victorias.

Habiéndose publicado los edictos del emperador Valeriano contra los cristianos, se desataron contra ellos los ministros idólatras, como fieras carniceras y sedientas de su sangre, corriendo por todas partes para arrastrarlos al suplicio. Como Anastasia había hecho en Roma tanto ruido, no podía menos de ser uno de los primeros objetos de su furor; y, noticiosos de que estaba retirada en casa de la matrona Sofía, volaron allá para sacarla de ella. Acude al monasterio una tropa de gente perdida, mandada por un oficial; fuerza las puertas, y á nombre del prefecto de Roma, llamado Probo, uno de los más crueles enemigos del nombre cristiano, pide que se le entregue á Anastasia. Informada Sofía de lo que pasaba, corre apresurada al cuarto de su querida discípula, y, abrazándola tiernamente: *Ea, hija mía, la dice: ve, inocente víctima, ve á ser sacrificada por la gloria y por el amor de Aquel que quiso primero ser sacrificado por tu amor en el ara de la cruz. Combate como generosa cristiana, y muéstrate digna de Esposo tan celestial.* No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando entraron aquellas furias del Infierno y, arrebatando á la castísima doncella, la condujeron al

palacio de Probo. Luego que éste la vio, prendado de su singular hermosura no menos que de su virginal modestia, lejos de mostrarse colérico ni airado, la trató con dulzura, con atención y con respeto. Preguntóla luego por su nombre: *Llamóme Anastasia*, respondió la Santa, *y tengo la dicha de ser cristiana.*— *Peor para ti*, replicó el juez; *esa profesión te perjudica, y ese solo horror desluce todas las prendas que brillan en tu persona. Aconsejóte, hija mía, que, sin detenerte un punto á deliberar, renuncies una religión que atrae todo género de desdichas sobre aquellos infelices que la profesan. Tu modestia me ha encantado, y mucho más tu hermosura; de mi cuenta corre tu fortuna: mereces, sin duda, ocupar uno de los primeros lugares en la ciudad y en la corte. Ven conmigo al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio. Por lo demás, debo decirte que, si te resistes con terquedad y con imprudencia á obedecerme, bien puedes hacer el ánimo á sufrir los más crueles tormentos. Ya le tengo hecho*, respondió la Santa, *y estoy resuelta á padecer cuanto hay que padecer por la gloria de mi Dios. Cristiana quiero ser, aun á costa de mi vida; ni creas vanamente que me tienten tus promesas ni que me espanten tus amenazas. El Dios Todopoderoso á quien adoro, mi Señor y Señor tuyo, sabrá darme fuerzas para sufrir los más horrorosos suplicios.* Aturdió á todos los circunstantes una respuesta tan animosa como poco esperada, pero irritó furiosamente al prefecto. Mandó que la abofeteasen, lo que se ejecutó con tanta crueldad, que quedó la Santa bañada toda en su sangre, y cargada de cadenas la encerraron en una cárcel. Salíala al rostro la alegría del corazón, al mismo tiempo que la sangre corría de sus narices; los cardenales de sus mejillas y el peso de sus cadenas sacaban lágrimas de compasión aun á los mismos paganos. Como perseverase en confesar á Jesucristo, el prefecto, que por otra parte era de genio bárbaro y cruel, mandó que la aplicasen á una horrible tortura y que, mientras todos sus miembros fuesen

dislocados con ella, le abrasasen los costados con hachas encendidas; suplicio espantoso que la Santa toleró, no sólo sin alentar la más mínima queja, sino con una serenidad y un gozo que á todos llenó de admiración. Había dado orden el tirano á los verdugos de que se valiesen de toda su industria y de toda su inventiva para atormentar á la invencible mártir; y como vieron que ni el fuego ni la tortura hacían impresión en su invariable constancia, les ocurrió el pensamiento de arrancarla los pechos; y después hicieron lo mismo con las uñas y con los dientes, que todos la hicieron saltar de la boca á golpes de martillo; sin que, en medio de tan horrorosa carnicería, cesase Anastasia de bendecir y de cantar alabanzas al Señor. Naturalmente había de expirar á violencia de tan crueles tormentos; pero el mismo que era absoluto Dueño de su alma sostenía milagrosamente su cuerpo, dándola fuerzas superiores á todos ellos; y con efecto, restituida á la cárcel, se halló de repente perfectamente sana de todas sus heridas.

Debiera convertirse el tirano á vista de tan palpable prodigio, si los tiranos se convirtieran. Noticioso del portentoso, é informado del desprecio con que la Santa trataba á sus mentidas deidades, llamándolas dioses de metal, de piedra, de barro y de madera, mandó que la arrancasen la lengua. Sabiendo Anastasia la orden del prefecto, aprovechó todo el tiempo que precedió á la cruel ejecución empleándole en dar gracias á Dios públicamente por la merced que la hacía, y en cantar con voz más esforzada sus divinas alabanzas. Fue dolorosa la operación, y salió de su boca un arroyo de sangre que tiñó toda la ropa. Como la Santa sintió que se iba desmayando, reparó en un cristiano llamado Cirilo que estaba cerca de ella, á quien rogó por señas que la socorriese con algunas gotas de agua. Hízolo así Cirilo, y esta generosa caridad le mereció la palma del martirio. Suplía Anastasia la falta de la lengua levantando sin

cesar las manos al Cielo para bendecir más y más al Señor, pidiéndole que la asistiese hasta el último momento de su vida. Viéndolo el tirano, tuvo todavía la crueldad de mandarla cortar las manos y los pies; después de lo cual, habiéndole cortado la cabeza, adornada de tantas galas como suplicios, según se explica el Martirologio Romano, voló á la gloria en busca de su celestial Esposo. Al mismo tiempo Cirilo, aquel caritativo cristiano que la había dado el agua á ruego suyo, recibió la corona del martirio en premio de su caridad, habiéndole cortado la cabeza en el propio día 27 de Octubre, hacia el año de 249.

Refiere Surio que la virtuosa Sofía estuvo en oración todo el tiempo que duró este combate de su querida discípula, y que, noticiosa de su glorioso triunfo, halló modo de apoderarse del santo cuerpo, que envolvió con veneración en una tela; pero como, por su avanzada edad, no tuviese fuerzas para llevarle, vio venir á dos hombres venerables que cargaron con él y le enterraron fuera de la ciudad.

La Misa es en honor de los santos mártires Vicente , Sabina y Cristeta , y la oración la siguiente :

Mirad, Señor á vuestra familia, y concedednos que, protegida con la intercesión de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, sea preservada de toda culpa. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría.

Señor Dios mío: Ensalzaste mi habitación sobre la tierra, y yo te rogué por la muerte, que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el día de mi tribulación, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré

continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias; porque mi oración fue oída, y me libraste de la perdición, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas y bendeciré el nombre del Señor.

REFLEXIONES

Dios y Señor mío, Tú exaltaste mi habitación sobre la Tierra. Todos somos forasteros en el mundo; el Cielo es propiamente nuestra patria, y es la vida una jornada que se hace por país extraño. No hay mayor necesidad, no hay mayor locura que emplearse, que tomar únicamente gusto á los bienes de esta vida. Un caminante mira con indiferencia todo lo que le sale al encuentro en el camino. Diversiones, costumbres, campiñas deliciosas, bellas casas de campo, edificios suntuosos, objetos agradables, todo le hace poca fuerza, en nada se detiene. Aprovéchase con la vista de los objetos divertidos que se le presentan; toma de ellos al paso lo que le parece necesario; pero la memoria y el deseo de su amada patria le ocupan enteramente. Alma muy baja, corazón muy corrompido ha de tener el que está gustoso, el que está muy divertido en el lugar de su destierro, aunque sea en un país desdichado, aunque se ejercite en los oficios más penosos y más abatidos, llegando á perder el amor y aun la memoria de su patria, no obstante de ser un país delicioso, y de que viviría en él con estimación, con esplendor y con regalo. ¡Oh buen Dios, y cuántos hay en esta odiosa disposición! Agrádanos la Tierra, aunque sea región y valle de lágrimas; pero el Cielo, aquella feliz estancia; el Cielo, aquel dichoso centro de todos los bienes, de toda felicidad, nos es indiferente. ¿Ocupa mucho á esas personas mundanas el pensamiento del paraíso, á esos hombres de negocios, á esos idólatras de los pasatiempos, á esas almas bajas y terrestres, que parece

colocan su felicidad en las diversiones de la Tierra, y que parece no tienen otro último fin que el de los bienes criados? A la verdad, si no estuvieran en buen estado los que nunca suspirasen por el Cielo, los que no se contentasen con poseer perpetuamente los bienes de este mundo, ¿podremos darnos por seguros en conciencia? Pero ¡ea! un poco de paciencia; el Cielo ha de ser el término dichoso de todos estos trabajos; el mismo Dios ha de ser su recompensa; cada día, cada hora y cada instante nos vamos avanzando hacia aquella estancia feliz. ¡Oh, y cuánto consuela este pensamiento á una alma que está llena de religión y no está pegada á la Tierra!

El Evangelio es del cap. 13 de San Mateo.

MEDITACIÓN

No hay tiempo en la vida en que no debamos trabajar en nuestra salvación.

PUNTO PRIMERO.—Considera que todo el tiempo de la vida se nos dio para que trabajásemos en el negocio de nuestra salvación, y que todo este tiempo es necesario para salir bien con él. Por aquí comprenderás el error de aquellas falsas máximas del mundo. *Es Menester dar á la mocedad lo que le toca; los mozos es preciso que sean mozos , y que se diviertan; ya les vendrá tiempo de tener juicio y darse á la virtud. La edad más madura es más á propósito para la perseverancia; cada cosa a su tiempo.* Esto quiere decir en buenos términos, que las primicias de la vida del hombre no deben consagrarse á Dios; que aquellos primeros años, como los más floridos de la edad, según el espíritu del mundo, se han de destinar á los gustos, á las diversiones y á los pasatiempos. Todo lo que se reserva para el negocio de la salvación, para el cual

precisamente se nos concedieron todos los momentos de la vida, es un miserable resto de días inciertos, achacosos, sin vigor y medio apagados. Cuando ya no estés para servir al mundo, ni seas de provecho para nada, entonces serás bueno para servir á Dios. Es preciso dejar pasar la mocedad: bien; ¿y en qué se funda esta perniciosa máxima? Esto significa que es menester dejarlos que sean malos, porque están en una edad muy oportuna para ser cada día peores. ¡Buen Dios, qué materia copiosa de dolor y qué sementera de arrepentimientos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que como, hablando en rigor, no tenemos más que un solo negocio en esta vida, todo el tiempo y todas las edades de la vida se deben emplear en este único importante negocio, que es el de la salvación. La primera edad es inocente; pues nada nos importa más que aplicar todos los medios para conservar esta inocencia, de cuya conservación pende muchas veces nuestra salvación eterna. La juventud está más expuesta, y es más peligrosa; pues ¿qué no debemos hacer para preservarnos en ella de las ocasiones, y de tantos peligros tan resbaladizos? No hay edad más crítica, y por consiguiente ninguna en que sea más necesaria la circunspección, la fuga de las ocasiones, la devoción y la frecuencia de sacramentos. La vejez está más cerca de la muerte: gran razón, por cierto, para trabajar únicamente en ella en este importantísimo negocio; pero ¿no es verdad que la vejez es la edad de las costumbres inveteradas?

Mas qué, Señor, ¿será posible que no se hizo para Vos la edad florida? ¿llamaránse siervos Vuestros los que temen serviros demasiados años si lo comienzan á hacer desde su juventud, y los que, habiendo dedicado ésta al servicio del mundo, juzgan que os conceden demasiado si os dan á Vos los últimos carcomidos días de su estragada

vida? ¡Oh Señor, y cuánto dolor tengo de comenzar á serviros tan tarde! Pero al fin comienzo; y en vuestra divina gracia espero no trabajar ya en otra cosa que en el negocio de mi salvación.

JACULATORIAS

Señor, ni en el Cielo ni en la Tierra deseo otra cosa que á Vos, único bien mío.—Ps. 72.

Esto es hecho, Señor: no quiero se pase un solo día de mi vida en que no os sirva, guardando exactamente vuestra santa ley.—Ps. 118.

PROPÓSITOS

1. Grande error es imaginar que haya en el discurso de nuestra vida cierto tiempo ó cierta edad en que impunemente se pueda omitir el aplicarse con seriedad al negocio de la salvación, como si Dios hubiera exceptuado algunos días en que no tuviéremos obligación de trabajar en este único negocio; como si el Señor no nos hubiera de tomar estrecha cuenta de todos los días de la vida. Contado y determinado está el número de nuestros días. ¿En qué parte del Evangelio se encuentra que no nos pedirá Dios cuenta de muchos ó de algunos? ¡Y después nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

2. Procura emplear tan cristianamente el poco tiempo de vida que te resta, que tengas alguna razón para esperar que Dios tendrá piedad de ti por su infinita misericordia. Trabaja sin cesar en el negocio de tu salvación; no malogres un instante; no hay que perder tiempo, pues demasiado has perdido.